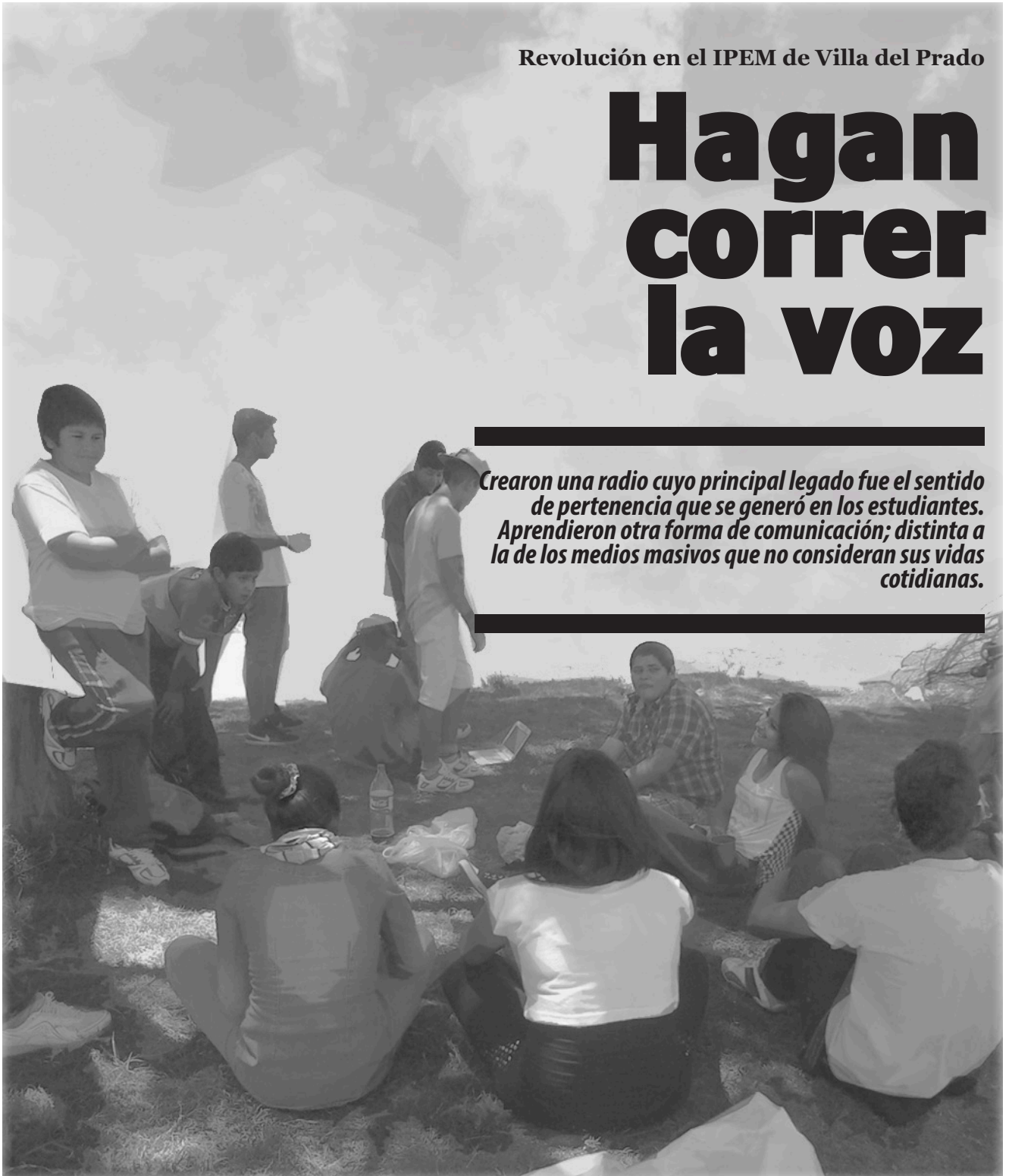


Revolución en el IPEM de Villa del Prado

Hagan correr la voz

Crearon una radio cuyo principal legado fue el sentido de pertenencia que se generó en los estudiantes. Aprendieron otra forma de comunicación; distinta a la de los medios masivos que no consideran sus vidas cotidianas.



La escuela secundaria de Villa del Prado, el IPEM 97 Anexo Independencia, era hace algunos años una construcción precaria y muy pequeña. En 2014 se inauguró un nuevo edificio y, con él, surgió la radio abierta como un espacio de participación y aprendizaje, coordinado por María Lucrecia Romero, Licenciada en Comunicación Social / ECI. La propuesta fue impulsada por un proyecto de extensión desarrollado para estimular la expresión personal y fomentar el vínculo de los adolescentes con la comunidad educativa.

Villa del Prado es una población del interior de Córdoba establecida a pocos kilómetros de Alta Gracia, en una zona rural donde la principal fuente de trabajo es la fabricación de ladrillos de barro. La producción no discrimina edad ni género, por eso muchos estudiantes estudian y trabajan. La escuela es un lugar donde se replican los conflictos familiares del pueblo, sostiene la becaria: "Las disputas de la cuadra, la esquina, la plaza, terminan siendo disputas en el aula".

La situación de vulnerabilidad social e inestabilidad económica y laboral de los estudiantes afecta su desempeño escolar, por eso desde la escuela se desarrolla un Plan de Mejora Institucional que se enfoca en resolver los problemas de convivencia y de conducta en el aula. Lucrecia Romero explicó a **El Cactus** que en el colegio identificó "determinadas necesidades como fortalecer la autoestima, reafirmar valores, trabajar desde las emociones con estos chicos que estaban atravesados por conflictos cotidianos".

De esa situación surgió el proyecto *Hagan correr la voz*, taller de producción y expresión radial juvenil en el marco de la educación popular. Nació de la iniciativa de la becaria y su directora, Laura Vargas, de intervenir en esta institución de 122 estudiantes para conformar una radio escolar que permita poner a circular la palabra de los jóvenes en un espacio alternativo a la enseñanza curricular. Fue una herramienta para empezar a revalorizar las opiniones de los jóvenes y construir una forma de resolver los problemas a través del diálogo y el respeto.

La idea fue generar un vínculo entre los estu-

diantes y la escuela a través de su participación en un taller donde aprendían y desarrollaban competencias comunicativas. Los primeros meses de trabajo consistieron en la presentación a los estudiantes de diferentes cursos a través de juegos utilizando ovillos, tiza y pintura. Una de las actividades fue la producción de un libro-objeto para que cada uno compartiera experiencias personales con sus compañeros. El taller ayudó a que los chicos se conocieran más, adquirieran confianza y se animaran a colaborar con la radio. Además, motivó a los docentes a sumarse a la propuesta y trabajar los contenidos de sus clases utilizando el medio de comunicación como un recurso pedagógico.

Los chicos documentaron la experiencia en un libro acordeón.

Lucrecia Romero explicó que un grupo de 14 estudiantes de diferentes edades comenzó a juntarse los sábados a la mañana para conocer el lenguaje radiofónico y elaborar creativamente la producción de los programas mientras los mates y las galletitas pasaban de mano en mano. Luego, los encuentros se realizaron durante la semana. Las decisiones se tomaban colectivamente y los roles iban rotando para que todos pudieran desarrollar diferentes tareas: búsqueda de información, armado del guión, locución, manejo de equipos, registro fotográfico, etc.

Primero, hicieron una radio abierta y, poco a poco, fueron venciendo la timidez. Cuando llegaron las *netbooks* del Programa Nacional Conectar Igualdad comenzaron a editar y grabar los programas. Los transmitían en el primer recreo y en el segundo pasaban música. Eligieron distintos temas que trabajaron durante el año: el mundial, el medio ambiente, la violencia, la familia, el afecto y el amor, la convivencia, los derechos, los deseos.

"Quería que se sintieran protagonistas. Empezaron a descubrir que el espacio de la escuela podía ser otro; empezaron a habitarlo y a re-

correrlo", recordó Lucrecia. El taller se convirtió muchas veces en un espacio de escucha y contención de los jóvenes afectados por problemáticas sociales muy complejas. "Los docentes pudieron mirar a los chicos en otras trayectorias y descubrir sus potencialidades y sus experiencias", sostuvo la directora del proyecto.

La radio llenó los pasillos de la escuela con la alegría, las opiniones y las proyecciones de un grupo de estudiantes entusiastas que experimentaron la emoción de conspirar para una revolución en la escuela. "Los chicos tienen tan internalizados los modelos de los medios masivos que se convierten en agentes reproductores de aquello que los somete, que los aliena, que no los nombra. La idea era mostrarles que hay otras formas posibles de hacer radio", afirmó Romero.

Los últimos meses del año, surgió una complicación. Los docentes empezaron a utilizar la radio como un premio o castigo, comentó la becaria: "Si un chico se portaba mal, no lo dejaban participar. Esto generaba discusiones y peleas entre ellos; en un momento en que la relación era muy buena sufrió una ruptura por esta lógica institucional de disciplinamiento". Las dificultades se superaron conversando con los directivos y fortaleciendo la unión del grupo.

La posibilidad de participar en un equipo de trabajo con libertad para decidir, expresarse y crear los contenidos del medio de comunicación de la escuela cultivó en los jóvenes un sentido de pertenencia a la comunidad educativa que es el mayor legado de este proyecto. El proceso quedó reflejado en un libro con forma de acordeón hecho y decorado por los estudiantes donde recopilaron las producciones de todo el año.

La radio activó el diálogo entre la Universidad y la sociedad, entre los estudiantes y los miembros de su escuela. El lenguaje radiofónico, efímero por naturaleza, se materializó en palabras con la fuerza para empezar a reconstruir los vínculos sociales. "Fue un crecimiento enorme haber formado parte de un proyecto de extensión. Lo viví y lo sentí como una forma de militancia porque atravesó la vida de las personas y porque atravesó la mía".